

## ALEMANIA Y LA “TERCERA VIA”

Por Norman Barry

Al menos dos cosas ocupan a los comentaristas políticos y económicos en Europa: el sentido y el significado político de la “tercera vía” y el actuar malestar de la economía alemana. Existe una cercana conexión entre estos temas, aunque no es la que los estadistas modernos tienen en mente. Pero es simple demostrar que el declive relativo del “milagro” económico alemán se encuentra directamente relacionado con la adopción de las políticas económicas y sociales recomendadas para la futura democracia social de Europa.

Los defensores de la tercera vía en Estados Unidos y el Reino Unido tienen cosas similares en mente, aunque más moderadas. La Unión Europea misma está padeciendo de la falsa promesa de la nueva medicina anticapitalista. La experiencia alemana es casi un experimento de laboratorio que muestra los errores del “capitalismo con un rostro humano”, la “economía social de mercado”, la “democracia social”, o cualquier otra versión de la tercera vía. No basta con criticar la política económica de la tercera vía únicamente porque Clinton la apoya. Existen razones intelectuales mucho más profundas para rechazar esta doctrina tan en boga actualmente.

**SIN MILAGRO.** Durante casi todo el período de postguerra, Alemania (Occidental) fue, a excepción de Suiza, la economía más exitosa de Europa. Su recuperación de las ruinas de la guerra fue realmente espectacular. La trágica ironía es que, así como los países del resto de Europa ignoraron las causas de este éxito, de la misma manera no comprenderán el porqué de sus actuales dificultades. Pues el desempeño económico de Alemania en la postguerra fue resultado de la adopción deliberada, casi planificada, de una economía de libre mercado, completamente contra las tendencias de ese momento. No existió ningún *Wirtschaftswunder* (milagro económico), únicamente la implementación rigurosa de políticas económicas efectivas basadas en una sólida teoría económica. Los problemas actuales de Alemania provienen del abandono de este período de más de 30 años.

Alemania está celebrando el 50 aniversario de la fundación de la República, pero el evento que en realidad se debería conmemorar es el radical programa económico de libre mercado introducido por su ministro de economía de la inmediata postguerra, y posteriormente canciller, Ludwig Erhard, en 1948. En ese momento, la agonía del intento de ajuste a la realidad económica de la Alemania de postguerra fue exacerbada por la continuidad del desastroso sistema de planificación de guerra bajo la Comisión de Control de los Aliados. A pesar de que todos los consejeros de Alemania occidental eran intervencionistas, estaban de acuerdo en que debía llevarse a cabo una reforma monetaria; la Reichsmark carecía de valor y estaba prácticamente en desuso. Pero Erhard, oficial en jefe de la Administración para Asuntos Económicos para las Zonas de ocupación Americanas y Británicas, logró llevar a cabo, gracias a una hábil maniobra política y bajo las narices de los consejeros keynesianos, una reducción general de los controles de precios. Uno de los primeros en criticarlo fue John Kenneth Galbraith, quien iniciaba su larga carrera de asesoramiento privado lucrativo y errores catastróficos en política económica en la Alemania de postguerra. Escribió un influyente artículo en el que predecía miseria y pobreza si se continuaban las políticas de Erhard. Se encontraba por supuesto ocupado en escribir un libro sobre la teoría del control de precios.

Pero Erhard continuó con la liberalización económica. Probablemente no había un consenso mayoritario, y recién en las elecciones de 1949 se consiguió una estrecha mayoría, cuando los efectos de su política se hicieron visibles para todos a excepción de los planificadores más cerrados. La liberalización no era popular entre las elites políticas. Erhard nunca se acercó demasiado a los Demócratas Cristianos, muchos de los cuales adherían a una forma de intervencionismo y control derivada de las enseñanzas sociales del Catolicismo Romano, y los Socialistas siguieron siendo formalmente Marxistas hasta 1959. A pesar de todo, las causas del éxito de Alemania eran

demasiado obvias como para poder ser ignoradas (aunque Gran Bretaña no las reconoció hasta 1979), y el país se convenció rápidamente. Los Católicos lograron compatibilizar mercado y religión, y los Socialistas se volvieron más pro-capitalistas que muchos Demócratas Cristianos, aunque por un corto tiempo. El partido Socialdemócrata ha vuelto en la actualidad a su vieja línea socialista, acentuada por los usuales caprichos contemporáneos, principalmente el medioambientalismo (el actual gobierno es una coalición de Socialdemócratas y Verdes), el anti-Americanismo, y un sutil y diluido anticapitalismo.

**LAS SEMILLAS DEL DECLIVE.** Las semillas del declive alemán fueron plantadas hace mucho tiempo. El error intelectual no se reduce a los Socialdemócratas. Todos los grandes partidos políticos han sido infectados por el virus de la tercera vía, con sus promesas de un punto medio moralmente aceptable entre capitalismo y socialismo y la ilusión de que podemos gratificar nuestra conciencia con el estado de bienestar y amplias regulaciones económicas sin corromper seriamente la sociedad de mercado. Las más vulnerables a estas ilusiones son las sociedades capitalistas más exitosas; tienen poca resonancia en Polonia o la República Checa.

Sus orígenes en Alemania datan de la fundación del sistema de Erhard. Dos visiones sociales interconectadas gobernaban la vida política y económica en la Alemania occidental de postguerra: las ideas del Ordoliberalismo –la versión alemana del liberalismo clásico- y *die Soziale Marktwirtschaft* (economía social de mercado). Los valores, las políticas y el personal de estos dos movimientos intelectuales se sobreponían. Todos los teóricos de mercado alemanes dudaban del capitalismo sin regulaciones. En particular, pensaban que la libertad de contratar tendía a producir, casi espontáneamente, una sociedad sin contrato a través de la emergencia de monopolios y cartels. Los escépticos alemanes se veían reforzados en esta idea por su propia experiencia histórica; la economía alemana había sido cartelizada en las primeras décadas del siglo XX (lo que en última instancia permitió a Hitler establecer una economía de orden “no socialista”). Los Ordoliberales pensaban que esto se había producido como consecuencia de decisiones legales equivocadas. En su *Wirtschaftsordnungspolitik*, el orden político y legal de una economía libre, el estado tenía la responsabilidad de preservar, artificialmente, las reglas fundacionales de una sociedad de mercado, aunque deberían haber reconocido que el libre comercio internacional es la manera más efectiva de garantizar la no cartelización de una economía. Los alemanes estaban muy influenciados por las leyes antimonopolio de los Estados Unidos.

Ambos movimientos “liberales” creían en la necesidad de cierto grado de estado de bienestar, pero esta creencia era mucho más pronunciada en la teoría social de mercado que en el Ordoliberalismo. Alfred Müller-Armack, miembro del gobierno de Erhard, forjó la mortal frase “economía social de mercado”, y de hecho creía en un nuevo concepto de hombre –ni el hombre capitalista ni el hombre socialista- que emergería de una economía de mercado organizada éticamente. Probablemente Erhard mismo consideraba la economía social de mercado como una máscara moralmente conveniente tras la cual podía llevar a cabo sus reformas de mercado genuinas. Pero al menos los liberales alemanes pensaban que las políticas de bienestar social debían ser *marktkonform*, o sea, consistentes con un sistema de intercambio eficiente; no debían fomentar el desarrollo de una cultura de dependencia.

Sin embargo, a medida que el sistema alemán fue evolucionando fue el elemento “social” el que empezó a predominar por sobre el “mercado”, y a lo largo de la década del '60 el país comenzó a parecerse cada vez más a un estado de bienestar escandinavo, a lo que los teóricos alemanes originarios se habían opuesto fuertemente. Numerosas reformas debilitaron el sistema. Los desempleados cobran casi lo mismo que un salario; la licencia por enfermedad es muy generosa; y en mayor o menor grado la educación gratuita puede durar casi toda la vida. Y, como cualquiera que halla visitado el país puede contarle, la mayoría de los negocios están cerrados los sábados por la tarde. Dado lo poco atractivo que resulta trabajar (y tomando en cuenta que los costos laborales no salariales de Alemania son los más altos del mundo), ¿es acaso sorprendente que el país tenga un

desempleo del 11,5 %? Se ha extendido el esquema de pensiones original del estado Bismarckiano y la falta de fondos, a la que se suma un declive en la tasa de natalidad, prometen traer enormes problemas al país dentro de aproximadamente 20 años. El gasto público, que se había mantenido por debajo del 30% del PBI bajo Erhard, supera en la actualidad el 50%.

**CONSENSO SOCIAL.** Una de las causas del éxito original de Alemania Occidental fue el consenso social. No existía una actitud de confrontación entre capital y trabajo como la que tanto desfiguró a Gran Bretaña antes de Margaret Thatcher. Una vez que los sindicatos aceptaron el sistema de mercado estaban ansiosos por cooperar en lo que se transformó en una tarea conjunta. Pero esta benigna cultura industrial también tenía una cara negativa. Había cierta hostilidad e intolerancia hacia el mecanismo de fusión: nada debe cambiar, y nadie debe perder su puesto de trabajo. Temiendo la concentración de las industrias, los Ordoliberales mismos dieron cierta justificación intelectual a esta conducta. Ellos y el gobierno alemán de postguerra establecieron una oficina de monopolios, que buscó cuidadosamente a todos los innovadores que pudieran obtener una mayor participación en el mercado que la permitida.

Las empresas alemanas nunca se preocuparon por dar valor a sus accionistas. De hecho, tradicionalmente se han financiado con deuda bancaria, atrayendo a los especialistas en ética de negocios norteamericanos preocupados por la inmoralidad de las corporaciones norteamericanas financiadas con junk bonds. Estos moralistas miraban a Europa y veían en ella un ejemplo de probidad, pero resultó que el “codicioso” modelo anglosajón probó ser mucho más flexible e innovador.

Lo que nadie notó en Europa fue que el predador destruye empresas, elimina las partes no deseadas, despide al personal innecesario, y genera de esa manera empresas más sanas y eficientes. Este tipo de reestructuraciones ha sido la base del éxito económico de los Estados Unidos desde los '80. Pero en el consenso alemán quien tenga la intención de adquirir una empresa está condenado al oprobio y al ostracismo, sobre todo si es extranjero. Con los bancos, sindicatos e intereses locales formando una coalición invencible contra el cambio, los empresarios alemanes se sienten seguros, tal como lo estuvieron en 1997 cuando Krupp intentó adquirir Thyssen con el objetivo de racionalizar la industria del acero. Los grupos de accionistas se juntaron y transformaron una adquisición hostil en una dócil fusión, con garantía de ningún despido. Incluso Italia parece estar más avanzada en la adopción de métodos de reorganización industrial anglosajones. La empresa de computación Olivetti ha completado recientemente la adquisición de Telecom Italian por 60 mil millones a pesar de la oposición de numerosos accionistas. La estrategia de adquisición y la motivación de maximizar el valor de las acciones están expandiéndose por Europa. Pero Alemania aún se encuentra muy lejos.

**MIEDO A LA INFLACION.** De los principios liberales que inspiraron a Alemania Occidental en el período de postguerra únicamente la creencia en la necesidad de una moneda estable ha sobrevivido a la democracia social. La hiperinflación que experimentó Alemania en la década del '20 ha preparado al país para soportar los malestares ocasionales de una política monetaria rigurosa. Las políticas keynesianas de manipulación de la demanda fueron rechazadas desde el principio, por excelentes razones microeconómicas. Un banco central independiente, el Bundesbank, resistió todo tipo de presiones políticas para relajar su monetarismo al estilo Chicago (“solo cuida los agregados monetarios”).

Pero hacia 1960 la macroeconomía se había puesto de moda, y los sucesivos gobiernos se obsesionaron con la idea de ajustar los agregados; se crearon comités y “hombres sabios” hacían sugerencias para mejorar la performance económica. Pero el Bundesbank retuvo su virtud (y la gente retuvo su orgullo por el marco alemán) hasta la reunificación, cuando el gobierno de Helmut Kohl obligó al Bundesbank, por razones políticas, a sancionar un catastrófico cambio de moneda uno a uno, el marco de Alemania Oriental por la Deutsche mark. La primera carecía casi por

completo de valor, y este arreglo, sumado al otorgamiento parcial a la ex Alemania Oriental de los “derechos” sociales del Oeste, hizo que la unión entre ambos países fuera mucho más difícil de lo que podría haber sido.

La castidad monetaria alemana claramente no podía sobrevivir a la reunificación. El próximo interrogante en la agenda macroeconómica es si el Euro, la nueva moneda del continente, será un sustituto satisfactorio delpreciado marco. El Bundesbank ha ganado la reputación de incorruptibilidad precisamente por su probidad: antes de la reunificación, ningún político podía competir con él en estimación pública. Una de las primeras medidas tomadas por el controversial Socialdemócrata Oskar Lafontaine en su breve período como ministro de finanzas en el nuevo gobierno Socialdemócrata fue presionar al Banco Central Europeo para que relaje su rigor monetario al estilo Bundesbank. No lo consiguió, pero uno se pregunta como hará aquella institución para sobrevivir a una coalición de españoles, italianos, franceses y otros políticos demandando políticas de empleo inflacionarias.

Con un estado de bienestar excesivamente grande y una economía industrial esclerótica, Alemania ya no es el gigante que fue. Un viejo Ordoliberal, Wilhelm Röpke, dijo una vez “como la democracia pura, el capitalismo puro es intolerable.” Fue un pionero de la idea de la tercera vía, pero incluso él sentiría malestar si pudiera ver lo que le ocurrió a su país. Tal vez el mayor problema de los Ordoliberales halla sido su rechazo a la elección pública. Sus adherentes realmente pensaban que una vez que la gente hubiera disfrutado de los placeres del mercado social casi no tendrían razones para tomar en cuenta las motivaciones humanas y las restricciones legales y de mercado. Los teóricos del Mercado social tenían una visión “elevada” de la naturaleza humana: Cuando los políticos y los funcionarios estaran inmersos en un sentido de comunidad y solidaridad, nadie tendría que preocuparse por actividades antisociales como la búsqueda de rentas económicas; el riesgo moral no sería un problema para la gente iluminada en un estado de bienestar generoso; y los gerentes de las corporaciones industriales serían disciplinados sin la presión de los accionistas y la amenaza de fusiones y adquisiciones.

Pero los comentaristas alemanes más astutos se dieron cuenta rápidamente de que no había una tercera vía posible. Todas las propuestas económicas que van en contra de las leyes de funcionamiento de la economía eventualmente son derrotadas por ese inexorable proceso; puede ser que operen más lentamente que las leyes de la física, pero constituyen un límite igual de severo. Alemania ha violado cada una de ellas en los últimos 30 años. Como lo expresó Vaclav Klaus, el primer ministro checo: “la tercera vía es el tercer mundo.”

**Norman Barry** es profesor de teoría social y política en la Universidad de Buckingham en el Reino Unido. Es autor del libro *Bussines Ethics*.

Traducción de Verena Wachnitz